

## AL OTRO LADO DEL ORDENADOR

- Perdonad - gruñó a dos estudiantes que le impedían el paso -, ¿me vais a dejar pasar o voy a tener que esperar toda la tarde a que os apartéis? Hay gente esperando.

Los alumnos se hicieron a un lado dejando pasar a su profesora.

- ¡Gilipoyas! - bufó uno en voz baja -. No he visto tía más arisca y eso que no llega a los treinta.

- ¡Bah, pasa de ella! - aconsejó otro -. Está como una cabra.

- Sí, y es tan fría... Parece mentira que impartiendo clases de literatura no sea más... ¿sensible?

- ¿Sensible? - rió su compañero -. ¡Pero si carece de corazón! Se ha equivocado de profesión, en lugar de lingüista debería ser matemática o filósofa. ¿Entramos? Que se va a cabrear si llegamos muy tarde.

- Hay días que preferiría no asistir a sus clases. Sobre todo cuando te mira... siento escalofríos. ¡Es un cuerpo sin alma! Es increíble. Yo ya había escuchado eso de: 'su mirada fría como el hielo' y cosas por el estilo, pero creía que eran metáforas, pero desde que me matriculé en su asignatura pienso de otra forma. Me estoy planteando seriamente pedir cambio de profesor o saltarme todas las clases.

- ¡Venga, anda! ¡No seas exagerado! Simplemente la tía es muy borde, nada más. ¡En la vida encontrará novio!

Y diciendo esto entraron en el aula.

En el campus universitario, cuando ya todos los estudiantes se han marchado, cuando la luz de la luna invita a todos en el silencio de la noche a dormir, una ventana de una facultad aparece iluminada. A través de los cristales, una mujer de unos veintiocho años, morena, ojos castaños, rozando la anorexia, embozada en una camisa negra y una falda del mismo color, mira el reloj de pulsera de su muñeca. Son las once de la noche. Levanta la cabeza y escucha. Silencio. Gira en rededor suyo como si temiera ser observada y al no hallar a nadie sus severos ojos resplandecen breves instantes con el brillo de la excitación. Se vuelve, sentándose delante del ordenador, con mano temblorosa lo enciende. Mientras arranca la computadora, su pecho se agita de emoción. Un tenue rubor cubre sus mejillas cetrinas al introducir la contraseña del programa. Apenas si consigue pulsar las teclas. Al cabo de unos minutos en la pantalla aparece la típica ventana donde chatea la gente. Se ve cómo quien usa el ordenador va llamando a todos los nick que tienen nombre de chico. Comienza la conversación:

> *Hola, soy Rocio*

> *Hola, Rocio*

> *que tal?*

> *bien, y tu?*

> ...

- Hola, ¡buenos días! - saludó Alfredo a Rai.

- Hola - respondió Rai -. ¡Qué contento se te ve hoy! ¡Ni que hubieras ligado!

- Más, menos.

- Venga ya... Si ayer por la noche cuando te dejé en casa eran las diez de la noche. Y no ibas a salir. Como no hayas ligado en sueños...

- Je,je,je - se rió Alfredo, pero no dijo nada más.

Rai esperó una explicación por parte de su amigo, pero al ver que no tenía intención de soltar prenda continuó:

- Ayer me lo pasé muy bien. Voy a ver si convenzo a mis padres para que pongan internet. Aunque creo que primero tendré que convencerles para que compren un ordenador. Mi padre seguramente no se opongá, pero mi madre... Se traga todos los programas que echan por la tarde de cotilleos y demás. Y sé que en más de uno de esos programas ha salido en más de una ocasión chicos y chicas que se han conocido chateando - aquí Alfredo no pudo contener una sonrisa -, y claro, mi madre piensa que internet es como una especie de fiesta donde la gente se conecta para ligar. Pero eso no es verdad. Nosotros ayer estuvimos viendo páginas muy instructivas y no chateando. Yo no lo quiero para chatear.

- Pues no sabes lo que te vas a perder - Alfredo ya no pudo contenerse por más tiempo. Él había esperado que su amigo, intrigado por su risita anterior, le interrogará, pero al ver que hacía a un lado el tema y no le iba a dejar explayarse contándoselo todo, no pudo más y habló -. Anoche, cuando te fuiste, pues yo... yo... me metí en un chat.

- ¿En un chat? - preguntó incrédulo Rai - ¿Para qué? ¿Qué interés puede tener hablar con alguien a quien no ves y ni siquiera sabes si lo que te dice es verdad o mentira?

- Tenía curiosidad. Nada más.

- Y ¿estuviste mucho tiempo? ¿Había mucha gente?

- Bueno... hasta las cuatro de la mañana.

- Pero, tío - se asustó Rai -, que son las siete y media. ¡Que no has dormido ni tres horas!

- Ya, pero es que... - tartamudeó Alfredo - conocí a una chica... y... no es como las demás. Tiene algo, no sé lo que es, pero tiene algo muy especial. Lo noto y mi instinto nunca me ha fallado.

- Anda, que como sea un camionero...

- No - se enfadó Alfredo -, tu no has visto lo sensible que es. Nunca había conocido a nadie con una capacidad tan grande de apreciar la delicadeza de las cosas, la belleza de la vida, la hermosura de los sentimientos.

- ¿Te encuentras bien? - se rió Rai -. ¿Seguro que no has tomado nada raro? ¡Mira que dices chorradas! ¿Cómo vas a poder haber apreciado la *sensibilidad* de la chica a través de un medio tan frío como un ordenador? No digas tonterías, anda.

- ¿Quieres que te lo demuestre? - le retó Alfredo -. He quedado esta noche con ella, a las diez.

- Ja, ja, ja - rió Rai -. ¿Por qué no? Así podré conocer a la chica que te ha tocado el corazón. Por cierto, ¿cómo es?

- Ya te lo he dicho - respondió irritado Alfredo al ver que su amigo no le tomaba en serio -. Muy sensible...

- No, físicamente, digo - le interrumpió Rai.

- ¿Físicamente? No sé, no se me ocurrió preguntárselo.

- ¿No? - interrogó Rai, y con cara de picaró, prosiguió - pero, le preguntarías si es chico o chica, ¿no?

- Sí, eso sí. Se llama Rocío y estudia filología hispánica, y tiene veintidós años.

- Un poco mayor pa' mi gusto - dijo Rai haciendo un mohín - ¿Desde cuándo te gustan las chicas mayores?

- ¿Qué más da la edad? Además, no es tanto. Yo dentro de dos meses cumplo veinte.

Alfredo pasó todo el día esperando impacientemente la llegada de la cita. Rai apareció por su casa sobre las ocho de la tarde. Los dos amigos encendieron el ordenador y empezaron a chatear. Pero Rai notaba a Alfredo ausente, en otro mundo, ebrio de un amor naciente que le hería el pecho y enardecía su espíritu. Unas veces sonreía mientras que otras, al mirar el reloj y ver lejana la hora en que aparecería su amada, contraía las comisuras de la boca en un gesto de desesperación.

Pero el tiempo pasó y las diez, la hora prometida, sonó en el reloj de pared de la casa. El corazón le dio un vuelco a Alfredo.

- Bueno, ya es la hora - dijo Rai mientras se frotaba las manos - ¿Dónde está esa chica tan maravillosa?

- Ahora entrará - respondió Alfredo.

Pero parecía que no. Dieron las diez y cinco y no había aparecido. Dieron y diez, y cuarto, y más de lo mismo.

- Creo que te ha dado plantón - se apenó Rai al contemplar la cara de tristeza de su amigo al ver que ya eran las diez y media y la chica no había aparecido todavía.

- No, espera un momento, tiene que venir.

Rai se calló. No quería defraudar las esperanzas de su amigo. Parecía que la cita era más importante de lo que había pensado al principio.

<<Sí que le ha llegado dentro>>, pensó.

A menos cuarto una chica les llamó:

> *Hola, siento el retraso, pero había gente en el aula y no podía conectarme.*

- ¿Ves? - le echó en cara Alfredo a Rai -. ¡Ya está aquí! Si no ha podido venir antes es porque no podía.

Rai hizo un gesto con la cabeza dando a entender que lo comprendía. Alfredo se puso a escribir:

> *Hola. Me alegro mucho de que hayas venido. ¿Chateas desde un aula?*

> *Sí. Estoy en la facultad.*

> *¿A estas horas está abierta?*

> *Me dieron una beca de colaboración en un departamento y paso las tardes en un aula lleno de ordenadores. Como tengo llaves me puedo quedar hasta la hora que yo quiera.*

Tan interesante estaba la conversación que Rai, en lugar de irse a las doce de la noche como tenía previsto, alargó su visita hasta las tres de la madrugada.

- Ahora te entiendo - declaró emocionado Rai mientras Alfredo apagaba el ordenador -. Es una chica muy especial. Durante la primera media hora la conversación ha sido normal y corriente, pero cuando empezasteis a hablar de literatura... cuando ella empezó a recitar sus poemas, a hablar con metáforas sobre sus sentimientos, sus alegrías, sus tristezas, ¡qué cambio experimentó! ¡Es tan sensible! Quizás sea su manera de expresarse, las palabras que las usa más correctamente que los demás, con un estilo propio.

Alfredo no cabía en sí de gozo viendo cómo brillaban los ojos de su amigo de emoción recordando las palabras de su ciberamiga.

- No deberías de quedar más con ella - aconsejó Rai a su amigo -. Te vas a enamorar y no la conoces. Es mejor que quedaras con ella para comprobar si realmente es como dice que es o te está mintiendo. Y

luego, si realmente es así, enamórate pues difícilmente podrás encontrar una chica con mejor corazón. Tienes suerte de que no tenga ordenador, que sino...

Rai se interrumpió al ver la expresión de enfado de Alfredo.

- No te preocupes, hombre - se rió Rai -. Estaba bromeando. Nunca te la quitaría. Pero sólo porque se de su existencia a través tuyo. La verdad es que te envidio.

Y con una sonrisa en los labios se despidió de su amigo.

- ¿Te la ha enviado? - preguntó Rai a Alfredo dos días después al encontrarse por la mañana.

- Sí - respondió Alfredo -, cumplió su palabra. Dijo que enviaría una foto suya y aquí la tengo - y sacando un papel del bolsillo, prosiguió con cierto orgullo en su voz: - Mira.

- ¡Joder, qué buena que está! Te ha engañado, te ha enviado una foto de una modelo.

- Si fuera otra persona - replicó Alfredo con una sonrisa de triunfo - no te diría que no. Pero tú mismo comprobaste que no es una chica normal y corriente. Te puedo asegurar que es su foto. ¿Te acuerdas que te chocaba su forma de expresarse?

- Sí - confirmó Rai.

- Pues creo que es porque es extranjera. Ayer se equivocó un par de veces y usó un infinitivo en lugar de su forma conjugada. Es muy curioso, sobre todo estudiando filología. Pero le proporciona un cierto encanto a su manera de expresarse. Es su acento, creo que si por casualidad me la presentasen la reconocería al instante por su forma de hablar.

Durante el resto de la marcha Alfredo habló y habló y habló continuamente de Rocío. Que si Rocío por aquí, que si Rocío por allá. Rai no decía nada. Callaba y en parte envidiaba a su amigo por haber encontrado a una chica tan maravillosa como parecía aquella. Pero por otra parte... dudaba. No quería que le hicieran daño a su amigo. Porque pensándolo fríamente ¿qué sabían realmente de la chica? Quizás todas las palabras que escribiera no fueran suyas sino las sacara de algún libro. La foto, si bien no era de una top model, era de una chica bastante guapa. Demasiado quizás. Si no fuera tan perfecta... no tendría la menor duda de que la chica decía la verdad, pero siendo así...

Estudiar periodismo presentaba ciertas ventajas, sobre todo a la hora de intentar acceder a cierto tipo de información. Mostrando el carnet de estudiante podía intentar entrevistar a quien quisiera (aunque en muchas ocasiones se quedaba en un mero intento puesto que no le concedían la deseada entrevista) o acceder a bases de datos a las cuales otros estudiantes no tendrían acceso. Rai decidió investigar la identidad de la chica con la que chateaba su amigo. Sabía que estudiaba filología hispánicas y le habían concedido una beca de colaboración. Según ella se llamaba Rocío, aunque mucha gente en el chat usa nombres falsos. Al vivir en la misma ciudad que ellos dos la localización sería sencilla. El número de becas de colaboración que dan por facultad no suele ser muy grande.

Dicho y hecho. En menos de una semana, usando sus contactos, había conseguido un listado con la relación de alumnos de filología a los cuales les habían concedido una beca de colaboración: sólo había cuatro y casualmente todos chicos. Era claro que Rocío había mentido a Alfredo. Según ella le habían concedido una beca de colaboración. Si esto era cierto, o bien no estudiaba filología o bien era un chico. En ambos casos habría mentido. Y si realmente no le habían concedido una beca de colaboración era claro también que había mentido. Se mirase como se mirase no había dicho la verdad. Por la forma de

escribir de Rocío, Rai creía sinceramente que estudiaba filología, lo cual reducía las posibilidades a dos: o bien se trataba de un chico o bien no le habían concedido la beca de colaboración.

Estos razonamientos no se los podía hacer a su amigo Alfredo, cada vez más ebrio de amor por la joven. Rai lamentaba la influencia que iba adquiriendo Rocio sobre su amigo. Hablaban todos los días de once de la noche a tres de la mañana. En ocasiones Alfredo imprimía trozos de la conversación para deleitarse viendo la cara de asombro que ponía Rai al leer las cosas tan hermosas que decía su ciberamiga. Porque Rai tenía que confesar que la chica (o el chico, que ya no lo tenía tan claro) sabía escribir, pero no porque supiera redactar frases muy delicadas o supiera decir las cosas en el momento oportuno, no, sino porque se notaba que su forma de hablar procedían de las capas más profundas de su ser. Era capaz de poner su corazón delante tuyo en palabras, desnudar su alma de su cuerpo y mostrártela, pura, inocente, ingenua, sublime. Su forma de expresarse, errónea en ocasiones cuando usaba conjugaciones que no venían a cuento, acariciaba las partes más íntimas de tu ser. Era como si la conocieras desde siempre, como si llevaras hablando siglos con ella aunque tan solo hubiesen transcurrido unos instantes. Tenía una personalidad atrayente, capaz de captar la atención del más bruto, capaz de captar la atención del más culto. Por todo esto, Rai estaba decidido a descubrir quién se encontraba al otro lado del ordenador de su amigo. Confiaba en que fuera una chica y no un chico.

Si era cierto lo que decía Rocío y se conectaba desde un aula de filología, a Rai no le resultaría muy difícil localizarla. Bastaría con que se acercase por la noche a la facultad y buscase una ventana iluminada. A esas horas ya nadie se encuentra en la universidad.

Esa misma noche llevó a cabo su plan. Para asegurarse le preguntó a Alfredo si había quedado con su ciberamiga para esa noche y éste le respondió que sí, a las once como todos los días. Y a esa hora llegaba Rai a la facultad de filología. No tardó en ver una ventana encendida, casi a ras de suelo. Procedía de una habitación situada en el sótano del edificio.

Rai se acercó sin hacer ruido y miró en su interior. Parecía el despacho de algún profesor. En el fondo pudo ver a una chica totalmente vestida de negro, delante del ordenador. Desde la posición en que se encontraba podía ver la mitad de la pantalla, pero la distancia no le permitía reconocer lo que estaba escribiendo.

<<Suerte que he traído la cámara de fotos>>, pensó mientras la sacaba. Usando el zoom acercó la imagen lo suficiente como para poder leer lo que estaba escribiendo la chica. ¡Era el chat donde se conectaba su amigo!

Rai no tenía intención de irse de allí sin una foto de la cara verdadera de la chica. Esperaría a que se levantara para ir a beber un vaso de agua para hacérsela y de paso comprobar si realmente estaba chateando con su amigo o no. Pudiera ser una casualidad y que no fuese Rocío. Tenía que comprobarlo, necesitaba comprobarlo no solo por su amistad con Alfredo sino ya también por su curiosidad innata de estudiante de periodismo.

La espera fue más dura de lo que pensaba. Transcurrieron dos horas antes de que la chica se levantara. Durante este tiempo permaneció delante del ordenador tomando notas en un cuaderno que tenía al lado. Pero al final se incorporó, estiró los brazos, y lentamente salió de la habitación.

Rai aprovechó para leer con detenimiento lo que se veía en la pantalla del ordenador. Se veían varios chats abiertos. Nada más que empezó a leer el primero reconoció a su amigo. ¿Así que realmente estaba

chateando con una chica? Cuando volviera a entrar se fijaría en su cara para saber si realmente era la de la foto.

Su amigo no paraba de escribir. Enviaba frases tiernas, demasiado tiernas para tratarse de simples amigos; enviaba susurros cargados de cariño; enviaba amor disfrazado de palabras. Terminó haciendo una pregunta. En la pantalla apareció la contestación: Rai reconoció en ellas a Rocío, su forma de hablar la delataba. La había encontrado. Había encontrado al amor de su amigo. Lo más curioso de todo es que la chica todavía no había regresado. Las palabras se sucedían en la pantalla del ordenador sin que nadie las escribiera. Era como si un hada se hubiese adueñado del teclado y hablase con su amigo.

Rai no entendía lo que estaba sucediendo. No entendía nada. ¿Quién escribía? ¿Desde donde? ¿Acaso la chica se había ido a otro despacho conectado con ese y escribía desde allí? Pero ¿para qué hacer eso?

Sus ojos comenzaron a buscar por la habitación la respuesta a sus preguntas. De repente se posaron sobre unos folios esparcidos sobre una mesa. Uno de ellos era un artículo posiblemente escrito por la chica que ocupaba ese despacho en el cual mostraba los resultados de un experimento conjunto entre la facultad de informática, la de psicología y la de filología para diseñar un programa de ordenador. El título, escrito en grandes letras, decía: "La filología aplicada a la inteligencia artificial".

Rai nunca podría olvidar el siguiente párrafo del artículo:

*"Durante varios meses se ha probado con éxito el programa. Se ha contactado con veinte personas de ambos sexos en el chat, y se ha mantenido una conversación con ellos sin que ninguno notase que estaban hablando realmente con un programa de ordenador. Incluso temo, aunque confío en que no, que alguno de ellos se está enamorando de nuestro programa. De todas formas, si así fuera, podemos decir que el experimento ha resultado todo un éxito."*

En algún lugar de España, a las once de la noche alguien enciende un ordenador, escribe una contraseña y accede a un programa. En la pantalla aparecen las típicas ventanas de chat y se ve que quien maneja la computadora va llamando a todas las personas que tienen un nombre de chica:

> *Hola, soy Jaime.*

> ...

Autor: AMLP